

EL NUNCA INDIFERENTE, SERGIO GARCÍA

Por Janneth Villarreal Arizpe

¿Qué tanto el individuo experimenta la libertad y la justicia? Hablar de felicidad y de autorrealización es un tema de suma relevancia en la posmodernidad. El individuo debe hacer todo lo que esté dentro de sus posibilidades para autorrealizarse como persona, pero cuando observamos las crecientes tasas de suicidio y la falta de sentido de la existencia, no nos queda más que pensar en el abandono de la indiferencia dominante y seductora que se presenta en primer plano como respuesta al estrés cotidiano y como instrumento facilitador de una vida placentera.

He citado a Lipovetsky en *La era del vacío* (2006), para comenzar mis palabras hoy, que tengo la osadía de hablar en nombre de mis compañeros del Taller de Teatro Experimental de la UANL y, sobre todo, porque me parece absolutamente pertinente al referirme a nuestro querido maestro y director de Teatro, “el nunca indiferente” Sergio García, lo cual me hace sentir muy honrada.

La historia habla por nosotros. Las memorias que nos nutren son en muchos sentidos lo que da valor y significado a nuestras vidas. Estamos hechos de memorias, de andanzas, de anécdotas irrepetibles y un poco o mucho también de quienes nos acompañan en este viaje.

Querido maestro: subir a la que era tu guarida en la Escuela de Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras, ese espacio pequeño en la terraza donde siempre te acompañaban nuestro gran amigo Iván, y Josefina, una de tus actrices, leal amiga y compañera hasta el último de tus días, fue para mí descubrir un mundo lleno de sabiduría, donde yo encontraba las respuestas ante tantas preguntas. Donde conocí, gracias a ti, a quienes se convirtieron en mis colegas entrañables, mis hermanos del Teatro, Jani, Toño, Carlos, por mencionar solo algunos, en fin, en mi memoria, tengo las tardes y noches más divertidas, en nuestros ensayos contigo.

Es así como tengo la gran fortuna de haber sido acompañada los últimos 13 años de mi vida por un ser humano extraordinario, lleno de sabiduría y amor, y ese fuiste tú, mi bello maestro Sergio García. Pero, por supuesto, no soy la única honrada. Afortunadamente fuimos muchos los tocados a través de tu pasión, de tu religión, a través de tu teatro: actores, colegas, creativos y espectadores.

Pero hoy quiero decirte, mi querido y gran conspirador, que no solo aprendimos lecciones de Teatro de ti, sino que fuiste un maestro de vida, porque tus lecciones trascendían más allá de lo perceptible. Te instalabas en lo esencial, en eso que frecuentemente es invisible para muchos. Te bastaba un libro, una obra, tu música, un cigarro y tus actores para descomponerlo todo, para descomponernos a todos y para hurgar donde a todos nos daba miedo ir, para descubrir ¿quiénes somos?, ¿por qué somos?, ¿para qué somos?

Nos enseñaste el sentido de transitar en la vida que, como bien dice mi querido amigo y dramaturgo Reynol Pérez: “aunque a veces el mundo pareciera el peor lugar para vivir, no hay que olvidar que somos nosotros los que lo hacemos”.

El maestro de maestros, “el nunca indiferente”, hoy nos deja huérfanos en este plano terrenal y su partida nos obliga a reflexionar sobre qué estamos haciendo hoy en día para abatir la indiferencia, para que nos importe lo que le atañe al otro, para convertirnos verdaderamente en humanos en esta era de “deshumanización”. Tú siempre decías que nacemos hombres pero no humanos, que es la cultura quien nos convierte en humanos.

Tu vida entera fue el Teatro, gran orquestador del teatro provocador, ácido, en ocasiones, donde los grandes clásicos siempre te acompañaron: Molière, Sófocles, Shakespeare, entre muchos otros, te parecían emergentes para intentar cuestionar al espectador, para ver si alguien había advertido que no habíamos evolucionado mucho como sociedad, que los problemas siempre diferentes seguían siendo los mismos. Las luchas mezquinas por el poder que siempre odiaste, por mencionar solo una de la larga lista de situaciones que no te dejaban dormir, que te obligaban a decirlo en escena.

Y te atreviste a experimentar un convivio teatral de vanguardia que obligaba al público a reconocerse en el otro, a enfrentarse con lo que somos por medio de tus actores. Y esa era tu mejor y más entrañable y noble manera de trascender y permanecer siempre entre nosotros.

Hoy quiero decirte que puedes descansar en paz, que has cumplido con creces tu misión sin traicionarte. Has trascendido a través de generaciones en esa búsqueda implacable de la verdad, de lo que es justo, de la comprensión del complejo comportamiento del ser humano.

Gracias, mi querido maestro, honro tu vida y tu andar en este viaje. Gracias por enseñarnos a ser y saber estar en este mundo. Gracias por tu luz, por compartir y sacudir nuestras conciencias, por tu amor y tu gran generosidad. Nos dejas un gran compromiso y responsabilidad. Tu partida es una alerta y un llamado a la comunidad teatral. Ojalá las nuevas generaciones aprendan de tu ética, de tu disciplina, de tu tenaz respeto y amor al oficio.

Recuerdo que siempre nos decías: “Yo sin ustedes, sin mis actores, no soy nadie, el trabajo es de ustedes”. Al terminar cada función desaparecías por la puerta de atrás, con tu andar apaciguado, sin prisa, no te gustaba recibir los aplausos o las felicitaciones; cuando llegaba el momento del reconocimiento, tú ya habías desaparecido.

Hoy se cierra el telón, pero sales por la puerta grande, aunque no quieras, recargado en hombros de tantos gigantes que nos acompañan hoy para honrarte. Gracias por tu gran sabiduría y tu amor generoso, gracias por esos viajes, tantos ensayos, tantas risas, tanto Teatro. Gracias por hacernos tu familia, por esas pláticas interminables donde me brindabas tanta luz, por ese apretón fuerte de tu mano en la mía, mientras leíamos un texto que no era más que un gesto lleno de amor, de acompañamiento, porque eso eres para nosotros: un guía excepcional. Y gracias infinitas por traer al mundo a este ser humano tan luminoso que no se cansa de repartir amor en su camino. Gracias por Iván. Te amo, amigo.

Este es un instante de júbilo y de regocijo, estás de camino a casa. Nos volveremos a reunir contigo en lo que va a parecer un abrir y cerrar de ojos. Uno a uno iremos llegando a tu lado para seguir cuestionándonos nuestra existencia, incomodando a unos cuantos, provocando a muchos otros y por supuesto para crear infinitamente en la eternidad. Aquí, en nuestro presente, nos acompañarás siempre en cada ensayo, en cada estreno, en cada función.

Buen camino, mi querido maestro... ¡Hasta siempre...!

Referencias

Lipovetsky, Gilles (2006). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama, p. 48.